

M ALESTAR EN LA DEMOCRACIA

Carlos San Juan Victoria

Carlos San Juan Victoria (Oaxaca, 1951), economista e historiador, es investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Entre sus libros publicados podemos señalar: *Vidas paralelas: cinco hipótesis sobre los pueblos indígenas y los ciudadanos, actores marginales del siglo xx* (Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana), *¿Si regresan los pueblos? Problemas de la reconstitución de los pueblos indígenas* (Instituto Nacional Indigenista); fue cocordinador del volumen *¿Una ciudad para todos? La experiencia del primer gobierno electo en la ciudad de México* (UAM/UNAM/INAH).

Si con toda justificación reprochamos al actual estado de nuestra cultura cuán insuficientemente realiza nuestra pretensión de un sistema de vida que nos haga felices; si le echamos en cara la magnitud de los sufrimientos, quizás evitables a que nos expone; si tratamos de desenmascarar con implacable crítica las raíces de su imperfección, seguramente ejercemos nuestro legítimo derecho, y no por ello demostramos ser enemigos de la cultura.

Sigmund Freud

1

La frase que resume lo que vi en Los Cabos, dice una amiga, es: desiertos convertidos en campos de golf y a una distancia socialmente correcta las calles polvosas, donde se hacina la gente pobre que gana un salario mínimo en la zona hotelera. Esa imagen por desgracia también es la de un país cada vez más polarizado. En Ciudad Juárez tres terratenientes urbanos se disputan el botín de la propiedad urbana mientras se hacinan tres centenas de mujeres muertas. El sistema de justicia tiene dos niveles que sin pudor se exhiben: en uno, las grandes riquezas con sus cortes de abo-

gados, cabilderos; las redes de influencia en los poderes. En el otro nivel se niega con argumentos legales —y con notable éxito— a regresar lo mal habido, mientras que en el sótano las cárceles se llenan de desempleados. En todo está la marca de una polarización cada vez más desnuda: seguridad, comunicación, educación, salud, ciudades, territorios; un mal vivir nacional que palpita en los extremos. Hay visos de que el país se fractura de manera material y simbólica. Su territorio, dice Claude Bataillon (*Espacios mexicanos contemporáneos*), tiene cuatro ejes sin mayor integración: el norte entrelazado al sur americano; el centro occidente exportador y de mercado interno; el centro histórico queda como reliquia del anterior modelo de sociedad cerrada; y el sur como mero proveedor de energía y de hombres. La modernidad exportadora se escinde de las cadenas productivas y comerciales internas, pero también de un presente agrario e indígena que se ve como rémora del pasado. El México formal y el informal acentúan sus diferencias. En lugar de conciliación de espacios, hombres, reglas y tiempos, hay una separación creciente como futuro a la mano. Sobre ese terreno incierto y frágil, polarizado y con fracturas, se construye la nueva polis con sus valores universales de inclusión de los ciudadanos y la democracia.

2

¿Cómo se mira a esa polis en construcción que consolidó la alternancia, el sistema de partidos, cierta división de poderes y ha creado instituciones de vigilancia y contrapeso? Como un mundo autorreferente y aún por terminar, siendo el espacio público por excelencia; es tanto la casa de una política reconcentrada como el conjunto de sujetos especiales que la encarnan, la casta política por llamarla de alguna forma. También es el espacio de cierta irritación. En la reflexión más pausada hay claves importantes de esa desazón. Existe un malestar en la democracia porque, se dice, aún no se termina de desmontar el viejo edificio y crear la casa nueva (metapolítica); o bien, al nuevo edificio lo que le hace falta son inquilinos decentes. La democracia requiere de ciudadanos de “alta intensidad”, con una nueva cultura política, pagadores de impuestos, respetuosos de leyes e instituciones y que además lean la revista *Nexos*. Pero desde fuera de ese mundo hay otros signos que expresan desapego: desencanto, presión social para franquear sus muros físicos y discursivos; elogio al autogobierno y repudio a un mundo cerrado y aparte. El malestar en la democracia entonces ¿qué nos dice?, ¿qué se escinde en el mundo de la política profesional de “lo político” (Chantal Mouffe, *El regreso de lo polí-*

tico); es decir, de relaciones de fuerza y de conflicto que no viven en el Congreso, sino en la sociedad; que hay instituciones sin adhesión social y separadas de esa realidad polarizada y fragmentada; o bien, sociedades premodernas que no entienden o no les convienen las nuevas reglas?

3

Para aproximarse al problema: en un debate en la Casa Universitaria del Libro se planteó la urgencia de relacionar como problema a la democracia con la desigualdad. Un consejero ciudadano del IFE ahí presente desenvainó el argumento políticamente correcto: ¿qué hay que atender primero, la desigualdad que es una carga histórica que arrastramos; o bien la democracia, la cual es un asunto de construir instituciones para elegir en apego a reglas al que toma decisiones aquí y ahora? Acaso necesitamos de dos décadas para lograr cierta reeducación en el liberalismo; de la omisión ilegal del artículo tercero constitucional que establece a la democracia como “un sistema de vida”; de la difusión intensa de un nuevo catecismo por revistas, periodistas y comentaristas que insisten en que el ciudadano es el que vota y que las elecciones son la democracia; todo ello de manera meticulosa y persistente erigió ese formidable lugar común. Si, la democracia es para elegir a los que deciden, entre otras cosas si se produce más desigualdad o condiciones para la igualdad.

Pero entonces ocurre un desencuentro. Por un lado, la ruta preciosista que trata de terminar el tramado institucional; mientras por el otro, al parecer paralelo, un país que se descarrila en el páramo de la desigualdad. El imaginario dominante dice: son mundos que no se tocan. Pero la nueva polis no está escindida de la desigualdad; al contrario, es una forma de organizar su representación, la cual se vincula con los dos extremos, el de la riqueza mayúscula y el de la pobreza masiva. Las campañas electorales tienden a ser concursos de cuantiosas fortunas invertidos en candidatos “gestores” de los intereses de grupos de poder. El voto duro se convierte en enlace buscado por partidos con sectores de la sociedad, los cuales no tienen de otra manera acceso alguno a los espacios públicos institucionales. Según un análisis del último proceso electoral el PRI regresó como primera fuerza nacional gracias a su voto duro:

En esos 108 distritos, que componen 36% de la geografía distrital, los priístas mantienen viva su fuerza. Son los mismos distritos electorales que los han respaldado en, al menos, los últimos tres comicios federales y donde el tra-

bajo político de otros partidos es casi nulo. Son los mismos distritos cuyos niveles de marginación social en promedio alcanzan, según el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), las características de “alta” y “muy alta” pobreza... un territorio electoral que abarca mil 672 municipios de los 2 mil 430 que forman el total nacional, cuya propiedad absoluta del tricolor les augura para las siguientes elecciones un voto “amarrado” (*Enfoque*, suplemento de *Reforma*, 17 de agosto de 2003).

nos iguales y horizontales; al discurso del interés, el de las razones; a la cultura del súbdito, la del ciudadano; al gobierno desnudo de los más fuertes, el equilibrio de la democracia. Todo eso al alcance de la mano, como ruta de transición de un orden despótico, hacia otro imaginado horizontal y deliberativo; una república de ecuanímes y pensantes. Es, sin duda, un esfuerzo sostenido por generaciones que tiene varios frutos. Pero ¿dónde reside la ilusión? En que el territorio real de la jerarquía, la pasión y la fuerza es borrado, no del mundo sino de las coordenadas del nuevo orden imagi-



Por eso la médula del asunto no es si se relaciona o no a la polis con la desigualdad; por el contrario, se trata de hablar de lo indecible en un mundo que se imagina autónomo y autorreferencial para imaginar otras formas, menos predatorias de riquezas y de dignidades, de intervención en y contra la desigualdad.

4

Pero la política y su reflexión tienden a imaginar un mundo autónomo y cerrado. Cuando se vea con la distancia del tiempo y la cabeza fría, nuestra época tal vez resulte similar a otras que fabricaron grandes ilusiones o espíritus muy cínicos. La estación en que ese teatro de pasiones, de instintos predatorios, de afanes patrimoniales y de lucha por los despojos (Calasso, *Las ruinas de Kash*) que llamamos poder, se concibió como algo domesticable. La ilusión de oponer al juego desnudo de las fuerzas, la temperancia de las reglas; a las jerarquías de dominación, la república ideal de ciudada-

nado. El mapa imaginario de la democracia carece de las cimas y los precipicios del mundo real; no traza equilibrios de fuerza porque la misma fuerza está tachada. Como toda época embriagada de ilusión, la nuestra también aportará sus muy duros baños de realidad, de cruda y desencanto. Del sueño plano y democrático al país de los relieves y la desigualdad. Esa es la transición que nos aguarda.

5

Mientras tanto el dulce imaginario de los ciudadanos horizontales es penetrado a saco por los poderes de hecho. Las redes de poder e influencia atraviesan a las nuevas instituciones, y la vieja lucha de los grandes predadores por conquistar hombres, territorios y riquezas reinicia con otras máscaras. Se presume que la Coca Cola apoyó la campaña de su ex empleado a la presidencia y que tiempo después se ratificaron las concesiones preferentes de aguas nacionales muy baratas para un refresco muy caro. Se presumen apo-

yos de un oscuro empresario, con una riqueza aún más oscura, a Rosario Robles, la ex presidenta del PRD. Roberto Hernández, íntimo amigo del ex presidente Zedillo, hace el negocio del siglo vendiendo a la nación la deuda inflada de Banamex. Leo que el auditor de la federación afirma que en este y otros casos hay un "exceso de discrecionalidad". Curiosa observación cuando la discrecionalidad es ya un exceso. ¿O tal vez un retrato de la verdad, donde el poder siempre es discrecional, pero ahora "se excedió"? Viejas historias que asustan por las nuevas.

6

La comunicación también crea las escisiones, pero ahora como imágenes. En un flujo coherente y generoso de imágenes las instituciones legitimadas por el voto hacen con desparpajo su vida pública. La burocracia y la clase política se dan puntapiés televisados, los ejecutivos gobiernan de cara a la televisión; y entre otras cosas, en ese escenario de banalidades, deciden asuntos tales como hacer infraestructuras sobre propiedad social sin consultar a los propietarios, firmar el TLC, el IPAB y el castigo al gasto social. Como irrupción catártica, y a veces violenta, surgen las imágenes de la marcha zapatista del 2001; los estudiantes universitarios haciendo frente a la PFP; los campesinos de Atenco cerrando carreteras; los jinetes de El Campo No Aguanta Más irrumpiendo en el Congreso; el EZLN haciendo caracoles al sistema político y llamando con el caracol milenario a las regiones indígenas al autogobierno. La sociedad que demanda y se queja recibe un parecido manejo al de la sociedad que se hiere y roba, es decir, como de nota roja. Al final se escucha lo que se quiere, es decir, no se escucha.

Tras los inestables bastidores de lo que se da en llamarse "realidad" se agolpan las voces. Si nadie las escucha se enseñorean del traje del primero que irrumpe en escena, y el resultado puede ser catastrófico. Aquello que no encuentra quien lo escuche puede volverse violento (Calasso, *La literatura y los dioses*).

Prensa, televisión y radio reinstalaron la caverna de Platón, el mundo sensible, que atrapa a la razón en su ritmo masivo y persistente. Lo que en su momento hizo la religión, después la historia, ahora lo hacen los medios de comunicación masiva: producir sentido socialmente aceptado y lo hacen en un fluir constante, que seduce con el anzuelo de la feria de imágenes y de conocer los "hechos" en el momento mismo en que ocurren en cualquier lugar del mundo. Nos hace

contemporáneos y simultáneos, parte de una comunidad que palpita, llámese nación o mundo. Y también da sentido, entre otros asuntos, del orden y del caos, de la seguridad y del miedo, de lo que se valora y lo que se desprecia.

El flujo persistente de palabras e imágenes dibuja un contrapunto: el orden y su contrario, el caos; la palabra (solemne, pícaro o aburrida, pero palabra al fin) y su agrio contraste, el grito; los lenguajes corporales ecuanímenes, frente a gestos descompuestos y violentos. ¿Qué nos dice esta polaridad de imágenes más allá de la veleidad de sus actores y de la coyuntura? Que la política, otra vez, es un espacio ubicado, con rituales y picardías permitidas con personajes que se sonríen mientras se apuñalan; que es como un mirador shakesperiano (de octava) sobre la corte y sus pasiones; que los asuntos cuando se tocan son fragmentarios y no dejan estela alguna. La política es un lugar y está cerrado. Lo que hace la sociedad tiene tintes de nota roja. ¿Qué más nos dice la polaridad de imágenes? En el fluir pícaro, banal y ordenado de la vida pública, efectos de ocultamiento y traslado. En la ruptura y el grito en *close up*, vuelto fragmento y editado, efectos de desvalorización y condena. Cada escándalo de Marta Sahagún y la corte pluripartidista de lazarillos que nutren a la clase política, tapa la crisis terminal del empleo, la salud y la educación como derechos universales. Los caballos en el Congreso propician la generación de miedos que de inmediato condenan. ¿Que el campo recibe recursos públicos cada vez más disminuidos desde hace 20 años? No es la nota. Al igual que en otros terrenos de la realidad social, la desigualdad se expresa en los medios de comunicación masiva como el monopolio del sentido, sin contrapeso legal e institucional, sin pluralidad de emisores que luchen por su diversidad y su confrontación.

7

La polis imaginada, hasta ahora, se amolda al paso de la desigualdad y la fractura. Produce y reproduce polarización, es parte eficiente del país centrípeto. El debate sobre la iniciativa zapatista para crear las Juntas de Buen Gobierno denuncia reflexiones sin punto de encuentro. Por un lado, la esterilización de los *outsiders* (y su confirmación



